

IRONÍA.

La pasión de Justo era los juegos de azar.

Fue así como se aficionó a jugar la Polla Hípica -entretenimiento que consistía en acertar las diez carreras programadas los domingos-. Había elaborado un paquete de sesetna y cuatro opciones. Una vez, dicen, logró el mayor puntaje pero no tuvo voluntarios para cubrir el monto de las apuestas. Posteriormente, se apasionó con el Lotto; basado en la estadística disponible, confeccionó doce combinaciones que, religiosamente, compraba los miércoles y sábados.

Lo cierto es que, en ambas modalidades, se pasó unos cincuenta años con suerte esquiva, pero los escasos premios menores que, eventualmente, obtenía le permitieron mantener intacta su ilusión.

Al momento de su muerte, Justo llamó a sus hijos -Juan, Julio y Juvenal- para suplicarles que siguieran apostando las doce combinaciones, de acuerdo a un turno de adquisiciones que, a manera de inapreciable legado, les entregó.

Ayer, miércoles, se celebró misa conmemorando el primer año de su fallecimiento. Hoy, Juan vio en el periódico que habían acertado el premio mayor.

- Aló, Julio ¿compraste el lotto?

- No, no me tocaba.

- Aló, Juvenal ¿compraste el lotto?

- ¡Quién, yo?

© Manuel.